

seres tienen un fin particular, el cual es para las criaturas inanimadas el bien del hombre. Hé aquí por qué todas se refieren á él y sirven para sus usos. El fin particular del hombre es la salvacion, es decir, su dicha durante toda la eternidad; si glorifica á Dios en la tierra, el Señor le promete en cambio glorificarle durante toda la eternidad. Pero sea que el hombre se procure ó no su salvacion, Dios no dejará de obtener el fin postrero que se propuso al criarle, porque si se niega á ser un monumento de su bondad, lo será de su justicia, y Dios no será por eso menos glorioso, es decir, menos bueno, sabio ni poderoso<sup>1</sup>. Del mismo modo que el sol no es menos luminoso y benéfico porque cerremos algunas veces nuestros ojos á sus rayos ó huyamos lejos de sus ardores. Sin embargo, Dios, que es la bondad misma, quiere con todo el poder de su amor que el hombre llegue á la felicidad eterna, y le da todos los medios para conseguirla. Tal es la idea que debemos tener de la Providencia: demostremos ahora que existe.

Existe una Providencia en el órden físico; es decir, que Dios conserva y dirige todas las criaturas materiales al fin para el que las ha criado, su gloria y el bien del hombre. Esta Providencia no se ejerce únicamente sobre el conjunto del universo, sino que se extiende tambien á cada parte que lo compone, aun á las mas pequeñas; al reyuelo, á la hormiga, al gusano, al tallo de yerba. Pasemos á las pruebas.

1º. ¿Quién mejor que el Criador mismo puede revelarnos la existencia de la Providencia? Sí; hé aquí sus oráculos: recojámonos para oírlos: *Mi sabiduria alcanza su fin con certeza, y conduce todas las cosas suavemente*<sup>2</sup>. Y en otro pasaje exclama el Profeta: *Señor, no hay otro Dios mas que Vos, que teneis cuidado de todo cuanto existe*<sup>3</sup>. Pero oigamos las mismas palabras del Hijo de Dios al exhortarnos, para convencernos de la existencia de la Providencia general y particular en el mundo físico, á considerar las mas pequeñas criaturas: *Mirad, nos dice, las aves del cielo, no siembran ni siegan, y vuestro Padre celestial las alimenta*<sup>4</sup>. Seria preciso contar toda la historia sagrada si se quisiera exponer todos los hechos que demuestran que Dios dispone como dueño de los elementos, dirige á su gloria y al bien del hombre toda la naturaleza, el sol que impele ó detiene, el mar que agita ó apacigua, el rayo que enciende ó apaga, etc.

<sup>1</sup> Nec ideo credant iniqui Deum non esse omnipotentem quia multa contra ejus faciunt voluntatem; quia et cum faciunt quod non vult, hoc de eis facit quod ipse vult. Nullo modo igitur Omnipotentis vel mutant vel superant voluntatem: sive homo juste damnetur, sive misericorditer liberetur, voluntas Omnipotentis impletur. (S. Aug. Serm. CCXIV).

<sup>2</sup> Sap. viii, 1

<sup>3</sup> Id. xii, 13.

<sup>4</sup> Matth. vi.

2º. Todos los pueblos han reconocido la Providencia en el órden físico. Sábese cuál es la fe de los judíos y los cristianos. En cuanto á los pueblos paganos, aunque infieles depositarios de la revelacion, admitian tambien este dogma sagrado; y á pesar de los errores acreditados entre ciertas sectas filosóficas, creian tan débilmente en la casualidad, en la fatalidad y el ciego destino, que llevaban hasta la supersticion la creencia del gobierno del mundo físico por seres inteligentes superiores al hombre. De aquí resultaba, segun su opinion, el colocar cada elemento y cada parte del universo bajo la direccion de un dios ó de un agente de la Divinidad; el crear dioses para todas partes y de toda especie, dioses del cielo, de la tierra, del mar, del fuego, de las fuentes, de los bosques, de las estaciones, de las cosechas, de las vendimias, etc.

3º. Pero orillando todas estas razones, pregúntese si existe una Providencia en el órden físico, ó en otros términos, si existen leyes que presidan á la conservacion y á la direccion del universo y de cada criatura material; y cualquiera que tenga ojos no podrá menos de responder fácilmente á esta pregunta. Efectivamente, la sucesion constante de los mismos fenómenos supone necesariamente una causa constante que los produce, y esta causa constante se llama ley, porque la ley se reconoce por la permanencia de los efectos. Luego si vemos en el universo efectos que se reproducen siempre iguales; si, por ejemplo, el sol aparece constantemente todos los dias para recorrer el mismo camino, si alumbra y fecundiza constantemente la naturaleza, deducimos sin vacilar que existe una causa constante de este hecho, y decimos: Hay una ley en virtud de la cual el sol aparece todos los dias. Del mismo modo, si recorremos todas las partes del universo, la tierra y los animales que la habitan y las plantas que la cubren, y el mar, el movimiento que lo agita y los peces que giran en él, encontrando en todas partes efectos constantes, mil veces repetidos; deducirémos que existen causas constantes, principios de todos estos hechos, y dirémos: Existen leyes que presiden á todos estos fenómenos. Sí; el universo estudiado en los millones de criaturas que lo componen nos ofrece el mismo espectáculo, y por lo mismo debemos deducir que existen leyes que presiden á la conservacion y al gobierno general del mundo físico y de cada criatura en particular.

Réstanos saber quién ha establecido estas leyes; porque no hay ley sin legislador. Este legislador tan poderoso y tan sabio del universo ó es Dios, ó el hombre, ó la casualidad. No es la casualidad, porque no es nada; ni es el hombre, pues así nos consta; luego es Dios, luego existe una Providencia divina que gobierna el mundo físico.

Conviene hacer estas dos observaciones sobre lo que antecede: 4ª. Dios puede derogar las leyes del mundo físico con tanta libertad como las ha establecido, y así lo hace cuando se lo pedimos. Por esta

razon, cuando nos amenazan ó afligen los azotes, la peste, el hambre y las inundaciones, rogamos á Dios que las aleje ó las haga cesar; y en las mismas circunstancias todos los pueblos han rogado antes que nosotros. 2ª. La constante repetición de los mismos efectos debe tanto menos atribuirse á la casualidad, que los mismos impíos, decididos apóstoles de esta ciega divinidad, no se la atribuyen nunca, ni aun en las cosas mas insignificantes. Así lo demuestra la siguiente anécdota:

Reuniéronse los filósofos del siglo pasado en casa de uno de ellos, y despues de una cena sazónada de ateísmo, *Diderot* propuso nombrar un *abogado de Dios*. Recayó la elección en el célebre abate *Galiani*. Sentóse el defensor y principió en estos términos: « Cierta dia en » Nápoles un hombre puso delante de nosotros seis dados en un » cubilete, y apostó que haria el punto de seis. Lo hizo en efecto la » primera tirada, y yo dije: Esa suerte es posible. Puso otra vez los » dados en el cubilete, y hasta tres, cuatro y cinco veces hizo el » punto de seis. ¡ *Por Baco!* exclamé yo, *los dados están con trampa,* » y efectivamente lo estaban. Filósofos, cuando considero el orden » siempre renaciente de la naturaleza, sus revoluciones siempre » constantes en una variedad infinita, esta suerte única y conser- » vadora de un mundo tal como lo vemos, que se repite sin cesar, » á pesar de otras cien millones de probabilidades de perturbacion » y destruccion, exclamo: *No hay duda, en la naturaleza hay trampa.* » Esta salida original y sublime hizo enmudecer á los adversarios de la Providencia.

No explanarémos ahora mas circunstanciadamente las pruebas de la Providencia en el orden físico, pues las presentará la próxima explicación de la obra de los seis dias. Pasemos, pues, á la Providencia en el orden moral.

Existe una Providencia en el orden moral, es decir, que Dios conserva y dirige las criaturas racionales, el hombre y el Ángel, al fin para que fueron criadas, su salvación y su gloria. Vamos á ocuparnos tan solo del hombre.

Advirtamos en primer lugar que tanto en el orden moral como en el físico existe una Providencia general y otra particular. La primera es la acción por la cual Dios dirige el género humano, es decir, los imperios, los grandes acontecimientos y las grandes revoluciones de que es teatro la tierra, á su gloria y á la salvación del linaje humano. *El Catecismo de Perseverancia* será, desde la creación del primer hombre hasta nuestros dias, la magnífica historia de esta Providencia que antes de Jesucristo dirigió todos los acontecimientos al cumplimiento del gran misterio de la redención, y que desde la venida del Mesías dirige aun todos los acontecimientos á la conservación y propagación de la obra reparadora. Estamos, pues, dispensados de probar en esta ocasión la Providencia general en el orden moral.

Si se quisiera dar la prueba histórica de la Providencia particular, seria preciso contar la historia de cada pueblo, de cada familia y de cada hombre. Veríamos á Dios, lumbrera de todos los pueblos, de todas las familias y de todos los hombres que han vivido en este mundo, revelando y conservando las verdades que han de creerse, imponiendo deberes y dando los medios de practicarlos; le veríamos hablando todas las lenguas, tomando todos los tonos, adaptando la manifestación de sus leyes á la debilidad, á la edad y á la instrucción de los pueblos, de las familias y de los individuos, y le veríamos sancionando sus voluntades con la promesa de recompensas ó con la amenaza de castigos futuros, ¿ qué digo? castigando ó recompensando en esta vida las naciones y las familias segun su docilidad ó su rebeldía. Estudio admirable que conduce irresistiblemente á esta conclusión, prueba demostrativa de la Providencia: La historia de cada pueblo se reasume en cuatro palabras: Virtud y recompensa, crimen y castigo; es decir, fidelidad á las leyes divinas que rigen las naciones, ventura; infidelidad á estas mismas leyes, desgracia. Hé aquí de una parte la ley, de la otra la sanción; hé aquí la Providencia: porque este hecho se reproduce siempre igualmente en todos los puntos del globo, por mucho que nos remontemos en la noche de los tiempos. ¡ Oh! sí: *La virtud exalta las naciones, y el pecado las hace desgraciadas* <sup>1</sup>. Inmortal inscripción de la Providencia que deberia grabarse al frente de todas las Constituciones de los pueblos, cual está escrita en cada página de su historia.

Si del orden social pasáramos al doméstico veríais cumplirse esta misma ley respecto de cada familia; y nuestra propia conciencia nos dice que se verifica igualmente respecto de cada uno de nosotros <sup>2</sup>. Las excepciones confirman la regla y demuestran la eternidad en que Dios juzgará á cada cual segun sus obras.

Añadamos á estas observaciones algunas otras pruebas de la Providencia: 4º. El testimonio del mismo Dios. Mil veces, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, exhorta al hombre, su criatura amada, á que ponga en él toda su confianza, á que deposite en su seno todas sus solicitudes, asegurándole que vela por él como por la niña de sus ojos. Valiéndose de las mas graciosas imágenes, sucesivamente se representa con respecto al hombre como un pastor vigilante que guía un rebaño, como un padre que se levanta antes del dia para trabajar por el bien de sus hijos, y como un amigo á quien desea que hablemos con íntima familiaridad, imponiéndonos como un deber sagrado el que recurramos á él en las necesidades del cuerpo y del alma. La mas

<sup>1</sup> *Justitia elevat gentem, miseros autem facit populos peccatum. (Prov. xiv, 34.)*

<sup>2</sup> Escribimos esto en Nantes, el sábado 19 de diciembre de 1840, en el momento que conducian al cadalso á una mujer que habia envenenado á su marido!

completa é interesante prueba de la Providencia es la oracion que su divino Hijo se dignó enseñarnos : *Padre nuestro que estás en los cielos*, etc. Las lágrimas acuden á los ojos cuando se oye á este Dios, trocado en hermano nuestro, rogarnos con instancia que pongamos toda nuestra confianza en nuestro Padre comun : *Pedid y recibiréis*, *buscad y encontraréis*, etc. ; Y qué ! *Si vosotros que sois imperfectos sabéis dar á vuestros hijos los bienes que os piden, ¿cuánto mejor no os concederá los que le pedais vuestro Padre celestial? En verdad, en verdad os digo que os será dado todo lo que pidais con fe*<sup>1</sup>.

2º. El testimonio de los pueblos. Á la voz del cielo júntase la de la tierra para proclamar el dogma consolador de la Providencia en el orden moral. Los judíos, los cristianos y los mismos paganos están acordes sobre este punto fundamental; todos han creído que vivian bajo el gobierno de un Dios á quien enoja el crimen y hace propicio la virtud, cuya justicia puede apaciguarse y cuyos favores pueden merecerse. Este es el origen, en todos los pueblos, de las oraciones, de los sacrificios, de una religion; y en vista de este hecho universal exclama uno de nuestros teólogos mas célebres : « El dogma de la » Providencia es la fe del género humano, y el culto rendido á la Divinidad, en todas épocas y lugares, atestigua la confianza de todos » los hombres en el poder y en los cuidados del Criador. Un instinto » natural nos hace levantar los ojos al cielo en nuestras necesidades y » trabajos, y hasta los mismos insensatos, con sus blasfemias contra » la Providencia, demuestran que creen en ella. Hé aquí lo que Tertuliano llama el testimonio de una alma naturalmente cristiana<sup>2</sup>. »

3º. La Providencia en el orden físico demuestra la Providencia en el orden moral. Efectivamente, si, como lo prueba el espectáculo de la naturaleza, Dios toma tanto cuidado de las criaturas inanimadas, de los gorriones, de los cuales un par no vale un óbolo, y de la yerba que nace por la mañana y muere á la tarde; si vela con tanta solícitud por nuestro cuerpo, que no cae un cabello de nuestra cabeza sin su permiso; si nos procura con tanta fidelidad alimento y vestido, y si todos estos cuidados no son indignos de él, ¿será indigno de él ocuparse de una criatura mas noble que todas las demás, la obra maestra de sus manos, su viva imágen, para la cual han recibido su existencia todas las criaturas físicas? Si da el sustento á los polluelos de los cuervos que alzan sus gritos hácia él, ¿rehusará al alma que le ruega la verdad, su noble alimento? Habiendo establecido leyes tan sábias para la conservacion de las criaturas materiales, ¿habrá abandonado á la casualidad, como naves sin brújula, á las criaturas inteligentes,

<sup>1</sup> Véase todo el capítulo vi de san Mateo.

<sup>2</sup> Bergier, *Tratado de la verdadera Religion*, t. II, 224. — Tertuliano, citado anteriormente.

únicas capaces de rendirle homenajes dignos de él? Y en tanto que se muestra tan paternal para el insecto, ¿no tendrá ojos, oídos, manos ni corazón para el hombre? ¡Oh! no, mil veces no, repiten de uno á otro confín del mundo las generaciones vivas y las que yacen sepultadas en el polvo de los sepulcros. ¡Pensarlo es un crimen, blasfemia el decirlo!

Hallaréis tal vez hombres perversos que para haceros vacilar en vuestra fe en la Providencia, os dirán que es imponer á Dios un cuidado demasiado penoso el de velar sobre todo el universo. No les respondais mas que diciéndoles : ¿Se cansa el sol de iluminar la naturaleza? Os objetarán además que es indigno de Dios ocuparse de criaturas tan débiles é imperfectas. Respondedles con denuedo : No sabéis lo que os decís. La conservacion del mundo no es mas que la continuacion de la creacion; y si no fué indigno de Dios principiar el milagro, ¿por qué lo ha de ser el continuarlo? Aun mas, así como el milagro de la creacion solo duró seis dias, el de la conservacion dura hace ya seis mil años; luego la conservacion del universo es mas gloriosa á Dios que su creacion<sup>1</sup>.

Os preguntarán tambien cómo es que la virtud solo logra desdichas, en tanto que triunfa el vicio. Les responderéis en primer lugar, con todos los pueblos, que no todo acaba en la tierra; que hay un mundo venidero donde todo volverá á entrar en el orden, porque cada cual recibirá segun sus obras; que Dios castiga algunas veces el crimen en este mundo para que no dudemos de su Providencia, y que no lo castiga siempre para que no dudemos del juicio futuro. Y hasta sin recurrir á la otra vida, podeis decirles sin temor : Es falso que hasta en la tierra la virtud no sea mas feliz que el vicio; y oid cómo debeis hacer el inventario de los males que pesan sobre la humanidad : 1º. Hay males comunes á todos los hombres, como la debilidad en la infancia, el decaimiento en la vejez, y la muerte : en todo esto la suerte de la virtud es al menos igual á la del vicio. 2º. Existen muchas enfermedades y miserias que son efecto del pecado; la mayor parte recaen indudablemente sobre el malvado, porque este es immoderado, imprudente, iracundo y libertino, y todos estos vicios son para él otras tantas causas de miserias y de enfermedades, mientras que las virtudes contrarias son otros tantos manantiales de felicidad para el justo. 3º. Existe una especie de penas en las que es preciso atender sobre todo para comparar y apreciar la suerte del justo y del malvado; son las que sancionan las leyes humanas y aplican los tribunales. ¿Para quién son hechas? ¿para el inocente ó para el culpable? No hay duda que algunas veces es condenado el inocente; pero es una de gracia de la época, es una excepcion deplorable del orden, porque

<sup>1</sup> Así piensa san Crisóstomo.

en el curso ordinario de las cosas los golpes de la justicia solo se descargan sobre los malvados. 4º. El sufrimiento es tanto mas doloroso cuanto menos resignacion tiene el hombre. Ahora bien : ¿quién tiene mas resignacion? ¿el hombre malvado ó el virtuoso? ¿De qué labios salen las mas amargas quejas? ¿Quién comete los tres mil suicidios que cuenta Francia anualmente de veinte años á esta parte?

De modo que, en realidad y despues de examinado, el hombre de bien tiene que sufrir menos que el malvado, y esto es bastante para que no haya derecho de acusar á la Providencia de esa especie de injusticia que se la imputa, cuando se pretende que hace que sea en la tierra la condicion de la virtud peor que la del vicio.

Por lo demás, quizás ignorais qué interés pueden tener esos hombres en negar la Providencia, y vamos á descubrirlos su vergonzoso secreto, ó mas bien, ellos mismos lo dan á conocer: si el dogma de la Providencia es el consuelo del justo, es el terror del criminal. Así pues, os dirán que Dios es demasiado grande para que se ocupe del hombre, y que sus acciones le importan muy poco, porque en nada modifican su felicidad. No nos hagamos ilusiones; este lenguaje sale de un corazon corrompido que quisiera entregarse al mal sin temor y sin remordimientos, y esto solo debe hacerle sospechoso. ¿Deseais refutarle? Contentaos con responderle: Es en verdad extraño que querais eximiros de todo deber para con el Criador por las mismas razones que prueban mejor la importancia de estos deberes, y cuán culpable se hace el hombre al quebrantarlos. Os negais á adorar á Dios; ¿y por qué? Porque es demasiado grande, demasiado perfecto, es decir, ; demasiado digno de que se le adore! Os negais á obedecer á Dios; ¿y por qué? Porque es demasiado poderoso, demasiado sabio, es decir, ; porque tiene demasiados derechos á la obediencia! Os negais á amar á Dios; ¿y por qué? Porque es demasiado justo, demasiado santo, demasiado bueno, es decir, ; demasiado amable! No es de admirar que habiendo buscado razones tan perentorias esperéis con calma el juicio formidable que decidirá de vuestra suerte eterna. Decís además, que Dios es indiferente á nuestros crímenes porque no podrian turbar su felicidad; y el esclavo que apunta un dardo homicida contra su señor, y el hijo desnaturalizado que levanta una mano sacrilega contra su padre, ¿son acaso menos culpables porque el objeto de su furor se ha librado contra sus ataques? No es el éxito lo que constituye el crimen, sino la voluntad de perpetrarlo.

Mas para responder de una sola vez á todas las objeciones de los deistas y de los indiferentes, basta exponer su sistema: es la mejor prueba de la Providencia.

4º. Lo absurdo del deismo, prueba de la Providencia. Llamamos deistas á los que admiten la existencia de Dios, pero niegan la Pro-

videncia, ya en el órden físico, ya en el moral, y son por consiguiente indiferentes en materia de religion. Hé aquí su símbolo: Creo en Dios que todo lo ha criado, pero que de nada se ocupa, que deja sus obras vagar á la aventura, semejante á la madre desnaturalizada que despues de haberlo dado á luz arroja á la calle el fruto de sus entrañas.

Creo en un Dios que me ha dicho al criarme: Te formo para adorar-me ó ultrajarme segun te plazca; para amarme ó aborrecerme segun tus caprichos; la verdad, el error, el bien, el mal, todo en tí me es indiferente, y tu existencia aislada en nada depende de mis consejos. Vil producto de mis manos, no mereces fijar mis miradas; sal de mi vista, sal de mi pensamiento, y que el tuyo sea tu ley, tu regla y tu Dios.

Si el símbolo del deista es absurdo, no lo es menos su decálogo: hélo aquí reducido á su mas simple expresion:

Admitirás ó rechazarás igualmente todas las religiones: católico en Roma, protestante en Ginebra, mahometano en Constantinopla, idólatra en Pekin, todo es indiferente, porque en materia de religion es una misma cosa noche y dia, blanco y negro, sí y no; comer y beber bien, dormir, digerir, entregarse á todas sus inclinaciones, tal es la única y verdadera religion. Así es la de los deistas. Esta pretendida religion, cien veces mas injuriosa á Dios que el ateismo, rebaja al hombre hasta el nivel del bruto, abre la puerta á todos los crímenes, no deja esperanza al débil, consuelo al desgraciado, aliento al justo ni freno al malvado, y establece una moral digna cuando mas de los puercos y de los lobos. Luego es falsa; *porque, segun dice un impío, la verdad nunca es dañosa, y es la prueba mejor de que la doctrina de los deistas no es la verdad.*

Por lo demás, verémos en el Catecismo que existe una Religion verdadera, y que solo hay una como solamente hay un Dios; que procede de él, que es necesaria, y que una eternidad de ventura será la recompensa de los que la observen, y una eternidad de suplicios el justo castigo de los que hayan despreciado esta Religion santa, ley suprema del que crió al hombre dotado de razon y de libertad.

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy las gracias por haberos dado á conocer; iluminad á los que no os conocen; yo os adoro, os amo, y os consagro todo cuanto tengo y todo lo que soy.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de éste amor, me diré á mí mismo con frecuencia: *Dios me ve.*